

EL LEGADO DE UNA BISABUELA: CUATRO GENERACIONES DE TEJEDORES

Ñuu Inia, ‘pueblo del perrito’ en mixteco, es el nombre antiguo del lugar. Fue llamado Itzcuintepec en náhuatl, y los españoles lo dedicaron al patrocinio de la Virgen María. Recibió el sobrenombre de Peñoles junto con cinco pueblos vecinos, pero tiempo después su topónimo náhuatl cayó en el olvido y lo que había sido en un principio el epíteto para toda la región se convirtió en su designación oficial. Se ubica en las montañas al occidente del Valle de Oaxaca, no muy lejos de esta ciudad. La *Relación Geográfica de los Peñoles*, de 1579, describe cómo las seis comunidades originales traían a vender al mercado de la antigua Antequera tablas y morillos, teas y amole, una planta usada como jabón. Criaban además seda y grana para pagar el tributo que les imponía el poder virreinal.

En Santa María Peñoles nació doña María Teodora Santiago Ramírez. Como toda la gente de su pueblo, creció hablando la lengua mixteca. Desde pequeña vio cómo se pastoreaban los borregos en los terrenos comunales, cómo se trasquilaban y cómo se lavaban los vellones con el mismo amole que mencionan las crónicas antiguas. Aprendió cómo se hilaba la lana con malacate y cómo se tejía en telar de cintura para elaborar las faldas de enredo que vestían las mujeres y las tilmas con que se cubrían los hombres. También observó la cría de gusanos de seda, cuya fibra se atesoraba para adornar las bolsas para las tortillas, los ceñidores y los huipiles que se usaban antiguamente. Por desgracia, las fumigaciones para erradicar el paludismo acabaron con la producción de seda en Peñoles.

Al aprender a tejer, doña María Teodora entendió cómo se urde y cómo se prepara el telar para crear diferentes estructuras con los hilos. Las faldas tradicionales eran de tejido sencillo, mientras que las tilmas mostraban una gran variedad de sargas. Llamamos sencillos a los tejidos donde la trama sigue la secuencia simple 1-1, es decir que pasa por encima de un hilo de urdimbre y por debajo del siguiente. En las sargas la secuencia va cambiando de trama en trama. La primera, por ejemplo, puede pasar por debajo de dos hilos de urdimbre, por encima del tercero, y por debajo de otros dos. En la segunda trama la secuencia se desfasa, de tal manera que pasa por debajo del primer hilo de urdimbre, por encima del segundo, por debajo de los siguientes dos, y así sucesivamente. Este desfase va creando distintos efectos en el tejido: pequeños rombos, zigzags o líneas sesgadas, como en la mezclilla. De hecho nuestros pantalones vaqueros son un tejido de sarga hecho en máquina.

Para tejer una sarga se necesita armar el telar de una manera bastante complicada. El tejido sencillo requiere simplemente de un lizo y una vara de paso. Si el lizo controla los hilos nones, la vara de paso levanta los hilos pares. En Peñoles se preparan en el telar tres lizos más la vara de paso para tejer sarga. La persona que opera el telar debe levantar los lizos

en el orden correcto para que salga bien el tejido y se aprecie el rombo, el zigzag o la línea sesgada. Si se equivoca y levanta un lizo al que no le toca, se notará su error en el tejido. Doña María Teodora domina a la perfección el arte de la sarga. Sabe cómo hay que urdir el hilo y cómo hay que preparar los lizos para crear distintas texturas de manera ingeniosa.

Al mudarse a esta ciudad, ella dejó de usar lana y comenzó a experimentar con algodón, adaptando distintas hilaturas industriales a su telar. Le enseñó las sutilezas de su técnica a sus cuatro hijas, quienes a su vez han adiestrado a sus hijos y ahora a sus nietos en el tejido de sarga. Al colaborar con Remigio Mestas, galerista y promotor incansable del arte textil oaxaqueño, la familia entera ha adoptado hilos finos teñidos con colorantes naturales para crear tejidos de gran calidad. Aunque a primera vista difieren mucho de las prendas tradicionales de lana en sus texturas y sus colores, las estructuras básicas siguen siendo las mismas. Doña María Teodora y las tres generaciones de tejedores que ella ha formado retoman así una de las técnicas más antiguas en Mesoamérica, atestiguada por textiles arqueológicos muy tempranos, y la llevan a un nivel de refinamiento que nos sorprende. Sus jorongos, sus rebozos y sus bufandas, tejidas algunas de ellas por niños que no alcanzan diez años de edad, hablan de la fortaleza cultural de una familia talentosa, guiada por una mujer sabia.

Alejandro de Ávila
Curador